

# VIAJE A LA RIBERA ADRIÁTICA

POR PILAR ALCALÁ CORTIJO

Nuestra amiga y sin par Mercedes Montero me sugirió hacer una crónica del viaje a la Ribera Adriática y no me supe negar aunque lo mío no es exactamente la palabra escrita y espero no defraudar al lector ocasional que ponga su interés en leerla. Tampoco es tarea fácil resumir nuestro periplo por la Ribera Adriática donde no sólo nos encontramos con los vestigios de la antigüedad grecolatina, objeto habitual de los viajes de nuestra asociación, sino también con el legado que nos dejó en la Antigüedad tardía y la Edad Media hasta llegar al Renacimiento, la mayor y mejor recreación de la antigüedad clásica. Me detendré, por tanto, en aquellos momentos que me impresionaron de una forma especial.

<sup>1</sup>Una vez aterrizados en el aeropuerto de Venecia, pusimos rumbo a Trieste, siendo nuestra primera parada Aquileya, que nos anticipa ya de muchas de las maravillas que jalonarán nuestro viaje. Una basílica patriarcal bajo cuyos cimientos se alojan una domus de la época de Augusto, almacenes de mercancías y basílica, paleocristiana, románica, con intervenciones de época gótica y retoques renacentistas. Me produjo especial emoción ver trabajar en vivo y en directo a los restauradores, subidos en andamios, en la recuperación de los frescos de la cripta del s. XII. A destacar el imponente pavimento repleto de imágenes de simbología plenamente cristiana pero que no se ha despojado todavía de su paganismo de origen. Y ya en el museo el discurso musivo se completa con mosaicos de temas más domésticos, como es el de “la casa sin barrer”, un vivo retrato de cómo los comensales dejaban el suelo



llo de los restos de la comida que habían disfrutado. Poco queda del puerto, pero lo suficiente para darnos idea de la potente vía comercial que significaba la ruta del ámbar que comunicaba las tierras bálticas con el Mediterráneo.<sup>2</sup>

Y llegamos a Trieste, ciudad de evocaciones literarias, Joyce, Magris, sí y de tradición centroeuropea, salida al mar del imperio austrohúngaro pero antes de eso la ciudad, cuya fundación mítica se atribuye a Troilo uno de los argonautas, guarda los vestigios de una urbe floreciente en época romana y gozne estratégico del imperio bizantino, codiciado por los diversos invasores que convulsionaron la península itálica a lo largo de la Edad Media. Impronta

---

<sup>2</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz

bizantina y véneta que quedará en los frescos y mosaicos de las dos basílicas, Santa Maria Assunta y San Giusto.

Siguiente etapa, Venecia, fin de semana y... Domingo de Ramos!!! Dónde ir y qué ver, enorme dilema incluso con la selección previa que la organización del viaje había sabiamente dispuesto y, sobre todo, cómo disfrutar de esta maravillosa ciudad en medio de la vorágine de gentes tan diversas que la inundan en estas ocasiones. El sábado se comenzaba con la visita a la Galleria della Accademia y para mi sorpresa, como colofón a las celebraciones sobre Aldo Manuzio, se acababa de inaugurar una exposición "Aldo Manuzio e il Rinascimento di Venezia". Sin dudarle un momento mi alma de filóloga clásica a la par que bibliotecaria me encaminó a la exposición, las maravillas de la Galleria podían esperar mi próxima visita a Venecia, Aldo sin embargo no.

Aldo Manuzio, es figura señera del Renacimiento italiano y allí estaban muchos de los ejemplares salidos de los tipos aldinus flanqueados y contextualizados por un número significativo de todas las manifestaciones artísticas del renacimiento veneciano: pintura, escultura, grabado, tratados de arquitectura. Comenzaba la exposición con una serie de piezas, aparentemente menores, pero entre las que se encontraba una medalla en bronce con la efigie de Aldo en el anverso y su marca tipográfica en el reverso, el ancla y el delfín con la leyenda en griego  $\sigma\tau\epsilon\upsilon\delta\epsilon\ \beta\rho\alpha\delta\epsilon\omega\varsigma$  el "festina lente" latino. Pues bien, el ancla y el delfín figuraban ya en una moneda de la época de Vespasiano, y según cuenta Erasmo, que pasó varios meses en el taller de Manuzio, Pietro Bembo había regalado al impresor una moneda semejante. Qué coincidencia, yo quiero suponer que la anécdota es verídica, "e, se non è vero, è ben trovato!!!"

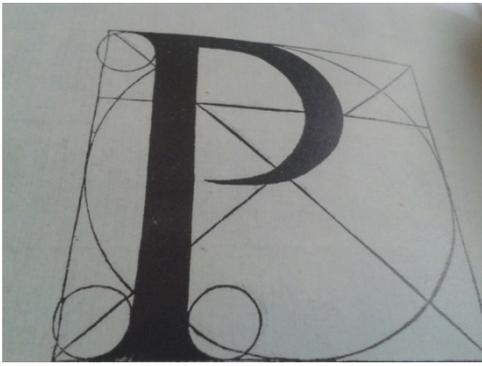
Seguían los numerosos y espléndidos ejemplares de las ediciones de los clásicos grecolatinos, ediciones que han servido de modelo en su erudición crítica y en su composición tipográfica a los textos que muchos de nosotros hemos tenido en nuestras manos a la hora de enfrentarnos con un texto clásico<sup>3</sup>. Ediciones también de los



clásicos italianos tanto los consagrados ya del trecento y quattrocento como los coetáneos, aunque el lugar central lo ocupaba la "Hypnerotomachia Poliphili" desplegado, en edición facsímil, página por página, pudiendo así disfrutar en una panorámica, (de narración multimedial la califican las autoras de la selección), del libro impreso más hermoso del Renacimiento, y para muchos uno<sup>4</sup> de los más bellos y mejor editados de la historia. Su fecha de edición, 1499, no habían pasado ni cincuenta años de la aparición de la Biblia de Gutenberg y la imprenta había llegado para quedarse como el principal

---

<sup>3</sup> Fotografía tomada del catálogo Aldo Manuzio



usión y acceso al conocimiento y las ediciones de este proceso.<sup>5</sup>

Y lo más impactante esperaba en la última sala, ante el retrato de Luca Pacioli acompañado de Guidubaldo da Montefeltro, impartiendo su lección sobre Euclides en la iglesia de San Bartolomeo en Venecia. Se dice que, entre los asistentes, se hallaba

Aldo Manuzio y allí se habló de la “Divina proporzio” y sabemos que Aldo ya había trabajado sus tipos teniendo en cuenta los criterios de proporcionalidad y racionalidad así como para la composición de las páginas. Y ante ese retrato, un ejemplar del “De divina proporzio” del ilustre matemático con la descripción de cómo debían ser las letras y, junto a él, un modesto folio en pergamino con un tratadillo de gramática de Leon Battista Alberti sobre el mismo tema, cómo organizar las letras del alfabeto según criterios de racionalidad y proporción con la finalidad de dar dignidad al “volgare”. Criterios arquitectónicos, y de proporción, que ya hemos visto en Aldo para sus tipos, pero es que este tratadillo se sitúa alrededor de 1435, veinte años antes de la aparición de la imprenta en Europa y sesenta años antes de que Aldo diera a la luz sus primeras ediciones!!!! Un arquitecto y humanista, un matemático y un profesor de griego e impresor interesado y comprometido, cada uno desde su especialidad en la recuperación de la antigüedad clásica. ¿Hay mejor forma de encarnar y hacer real el ideal del Renacimiento?

Inevitablemente, mi siguiente parada no podía ser otra que la Biblioteca Marciana, en el Palacio Ducal, porque allí se conservan los casi dos mil manuscritos griegos que el cardenal Bessarion, el mismo que encabezó la comitiva de sabios y teólogos bizantinos que discutirían la reunificación de las dos Iglesias en el Concilio de Ferrara-Florenzia y que, en su afán por salvar el patrimonio bizantino, se trajo después de la caída de Constantinopla y donó a la Serenísima en 1469. Estos documentos constituyen el lote fundacional de la biblioteca (ya Petrarca había decidido algo similar en 1362 pero no se concluyó). Precisamente la existencia de esos manuscritos es lo que motivó que Aldo (4) Manuzio, romano de nacimiento, y viajero por diversas cortes renacentistas, decidiera trasladarse a Venecia, necesitaba textos fiables que cotejar para la edición de sus clásicos griegos y aquí empezó su aventura como impresor.



<sup>5</sup> Fotografía tomada del catálogo Aldo Manuzio

<sup>6</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz

La primera jornada en Venecia concluyó con un estupendo itinerario conducidos por nuestra guía, por calles y parajes apenas transitados y que forman parte de la vida cotidiana de sus habitantes. Sí pudimos sobrevivir a la vorágine y finalmente descansar en el acogedor hotel en el que estábamos alojados, un poco alejado pero con encanto.

La segunda jornada veneciana transcurrió en dos islitas, Torcello y Burano a las que accedimos después de una agradable travesía por la laguna. Torcello cuyo origen es de época romana y que vivió días de esplendor en los siglos VII al XV está hoy habitada por apenas una veintena de habitantes, pero guarda uno de los más importantes ciclos de mosaicos bizantino-venetos del norte de Italia.

El conjunto que forman la basílica de Santa María Assunta y la iglesia de Santa Fosca, en un paraje recoleto e idílico (el tiempo primaveral lucía sus mejores galas) nos proporcionó el marco ideal para disfrutar y conmoverse ante el espectáculo que nos espera en su interior. Santa Maria Assunta, de planta basilical con el típico esquema paleocristiano y columnas de mármol griego y capiteles corintios es del 639, ampliada en 1008 nos ofrece todo un discurso musivo desde el ábside dedicado a la Virgen Odigitria, rodeada de los apóstoles a la fachada interior con un espléndido Juicio Universal que muestran la maestría desplegada por los mosaicistas bizantinos y venecianos que posiblemente trabajarían en San Marco<sup>7</sup>. Nada que envidiar a éstos (por supuesto sin su fastuosidad), pero



todo un lujo y un privilegio poder contemplarlos con el mismo recogimiento y emoción para el que fueron diseñados, sin empujones, sin prisas, pudiendo gozar del conjunto en general y de cada una de las figuras, de las teselas en particular. Adosada a la basílica, la iglesia de Santa Fosca, concebida como relicario y

“martyrion”, de cruz griega evidencia también la influencia bizantina. Ante la contemplación de estas maravillas, de las que todavía en Rávena nos quedará el plato fuerte, pienso que son como cantares de ida y vuelta, los mosaicos romanos, revestidos y asimilados por la simbología paleocristiana, llegados a Bizancio y devueltos para dar esplendor a nuestras iglesias medievales.

Burano, otra isla “mínima” de carácter muy diferente, con sus casas exhibiendo toda la paleta de colores, fue el colofón ideal para comer, tomarnos un café y concluir las jornadas venecianas, habiendo disfrutado de una ciudad, Venecia, que por fortuna ofrece muchas alternativas, aun siendo Domingo de Ramos y sin necesidad de pasar por el Rialto!!!

---

<sup>7</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz

Nuestra siguiente etapa, Rávena, importante ciudad en época romana, tanto republicana como imperial, y capital del Imperio Romano de Occidente hasta su caída, ocupada por los ostrogodos, recuperada como sede del gobernador bizantino y finalmente tomada por los lombardos. De ello nos habla el esplendor de sus monumentos citados hasta el infinito en cualquier manual de Historia del arte. De ellos me quedo con el conjunto de San Apolinar en Classe, del siglo VI, de planta basilical y ornada en su interior por espléndidos mosaicos, perfectamente conservados, con historias de personajes del antiguo y nuevo testamento, vida y símbolos del santo titular, San Apolinar, obispo de Rávena. La ortodoxia del mensaje cristiano se iba conformando en esa época, y buen ejemplo de ello son los dos baptisterios existentes en Rávena, el “neoniano” o de los ortodoxos y el arriano.

San Apolinar en Classe debe su nombre a Classe el puerto romano fundado por Augusto y que llegaría a ser la mayor base naval de la flota romana y siguió siendo importante durante todo el período de florecimiento de Rávena. Y pudimos disfrutar de este área arqueológica no sólo por el magnífico trabajo de excavación realizado (se ha abierto al público en 2015) que ha sacado a la luz gran parte de sus restos, sino porque tuvimos una clase magistral de Julio, con el cartesianismo que le caracteriza, de todos y cada uno de los detalles de la construcción de los puertos romanos y que, en gran parte, se siguen utilizando en la construcción de los puertos actuales. De su importancia queda testimonio en el mosaico existente en San Apolinar Nuevo. Abandonamos Rávena no sin antes presentar nuestros respetos ante la tumba de Dante (cuyos huesos como los de nuestro Cervantes, no sabemos realmente dónde reposan).

Y llegada a Rímini. Decir Rímini es decir Fellini, y Leon Battista Alberti, 1404-1472, arquitecto, escritor (en latín y en “volgare”), matemático, filósofo, musicólogo y arqueólogo, inventor, criptógrafo, etc. todo un compendio de saberes interdisciplinares, figura del concepto de la innovación, no es ajeno a lo moderno y ello se refleja en los monumentos que nos dejó, y un templo malatestiano, en Rímini. Esta muestra, a mi modesto entender, es una interpretación del arte clásico que muestra la “divina proporcione”, o proporción de encargo de Segismundo Malatesta (que aparece en un fresco en el interior de Piero della Francesca)<sup>8</sup>, pero trabajó también para los Gonzaga (Mantua), los Rucellai (Florencia, recordemos la fachada de Sta. María Novella). Figura inconmensurable la del Alberti, sin cuya obra teórica los Buonarrotti y los Da Vinci no nos hubieran dejado algunas de



<sup>8</sup> Fotografía tomada en el interior de Piero della Francesca

sus obras más significativas. Invito, a quien todavía no lo haya hecho, a profundizar y disfrutar de las peripecias de su vida y obra.

Después de atravesar San Marino, apenas una parada para comer y un tiempo infernal, nos vimos compensados con la llegada a Urbino, el cielo ya había abierto y ante nuestra vista se alzaba la mole que dominan el palacio ducal y la catedral. Feudo de los Montefeltro, el palacio ducal construido por orden de Federico III, lleva la firma de Luciano Laurana, pero son evidentes el sello de Brunelleschi y de Alberti (parece que éste intervino de forma decisiva pero no podía confesarlo, Federico de Montefeltro y Segismundo Malatesta eran enemigos acérrimos.¡¡ Ay estos condotieros, soldados de fortuna, banqueros, conspiradores natos, de una extrema crueldad en muchos casos, señores todos ellos de vara y mando, pero grandes mecenas a los que habría que aplicar lo que de Lorenzo el Magnífico dijo Guicciardini... que “estetizaron” la política!!). El palacio, haciendo gala al paisaje que lo rodea, alberga en su interior un patio que refleja perfectamente el ideal renacentista. Es sede actual de la Galería Nacional de las Marcas, donde vemos desfilar obras de figuras como Rafael, Paolo Ucello y otros de no menor importancia, pero si tengo que elegir la obra por la que repetiría la visita, elegiría una pequeña tabla de Piero de la



Francesca, “La flagelación de Cristo” reflejo fiel de lo que el pintor de Borgo San Sepolcro (al igual que Luca Pacioli) había teorizado en su “De pictura”<sup>9</sup>. Las interpretaciones de lo que el cuadro representa y quienes figuran en él darían materia para una larga serie de intriga. Una de esas interpretaciones sugiere que uno de los personajes sería el cardenal Bessarión

incluso como comitente o donante del cuadro. Donde sí es seguro que está es en el “studiolo” del Palacio junto a los sabios de la Antigüedad, los padres de la Iglesia y hombres ilustres, y allí se recogía Federico a reunirse con los clásicos, como queda reflejado en el cuadro que le hizo nuestro Pedro Berruguete. En ese palacio se albergaba también la excelente biblioteca, que cuando Urbino pasa a manos del Estado Pontificio será parte medular de la Biblioteca Vaticana.

Después de este baño de belleza nos quedaba la perla de Urbino que no estaba en programa. El Oratorio de San Juan Bautista, y su trabajo le costó a Mercedes convencer a Fernando de hacer parada en él. Es un pequeño recinto en cuyo interior nos sorprende un ciclo de frescos de 1416, tardo gótico pero que están anunciando ya el Renacimiento, debido a los hermanos Salimbeni y en un perfecto estado de conservación. Gracias, Mercedes por tu insistencia.

Una breve parada en Fano, nos permitió, aunque de forma apresurada, disfrutar de los hermosos restos de época de Augusto y renacentista, y nos

---

<sup>9</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz

encaminamos a Ancona, ciudad de milenaria tradición, fundada por griegos dorios, pero habitada ya por los picenos en el siglo X a.C. posee aún hoy uno de los puertos más importantes del Adriático, ya desde época romana y disputando a Venecia el primado del control de tráfico comercial de la zona en época medieval<sup>10</sup>. Magníficos los dos arcos ,el de Trajano y el de Clemente XII,



que encargó la obra a Vanvitelli así como la “mole” Vanvitelliana, ejemplo de arquitectura civil y militar con el objeto de controlar

y evitar posibles pestes y enfermedades contagiosas. Muchos son los monumentos y restos arqueológicos, pero quizás uno de los más genuinos y casi únicos, es la colección de objetos de la llamada civilización picena y que se encuentra en su Museo Arqueológico Nacional.

A punto ya de concluir nuestro periplo, después de pasar por Loreto, ya casi agotada nuestra capacidad de asombro, todavía nos esperaba Ascoli-Piceno la ciudad de las doscientas torres. Umbros, sabinos, romanos, ostrogodos ,lombardos ,francos, los Malatesta, los Sforza, nos dejaron signos de su paso por ella, y que se resume en el espectáculo en mármol travertino que es la



especial en la Plaza del Popolo. Hay, sin ser grandioso, me dejó una huella muy rica de Augusto, que pudimos ver y tocar en oportunidad de meterme dentro de un puente que supone y de eso hace dos mil años.

La jornada final fue el broche de oro del viaje. La naturaleza se nos ofreció soberbia en el pleno esplendor de los Abruzzos y el Gran Sasso todavía

nevados pero con el sol de la primavera apenas estrenada y, según desaparecían en el horizonte, arribamos a Ostia Antica, la ciudad portuaria, el puerto de Roma por excelencia, ejemplo de urbanismo y en el que dejaron huella los más importantes emperadores romanos Nerón, Claudio, Trajano, Adriano.

---

<sup>10</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz

Como en una composición en anillo, nuestro periplo comenzó en un puerto, Aquileya y acabó en otro, Ostia, no sin antes arribar (aunque fuera por tierra) en Classe y Ancona, y transitar por las diversas vías: Postumia, Flaminia, Emilia, Popilia, Julia Augusta, Salaria (también pasamos el Rubicón) disfrutando tanto de los vestigios romanos, como del esplendor de los mosaicos e



iglesias de influencia bizantina, hasta toparnos con algunos de los protagonistas y de las obras más emblemáticas del Renacimiento italiano. Y de fondo un cierto rumor de cisma, rumor intermitente de encuentros y desencuentros entre las dos orillas del Mediterráneo, la oriental y la occidental. La naturaleza puso el marco incomparable en el que el viaje se desarrolló.<sup>11</sup>

En resumen, un viaje fantástico, en sentido literal, un viaje a la cuarta dimensión, espacial y temporal. Pudimos viajar por más de quince siglos de Historia en unos cientos de kilómetros, en espacio y tiempo real, sin necesidad de efectos especiales. Una experiencia inolvidable.

---

<sup>11</sup> Fotografía tomada por Remedios Muñoz